



ELLA.—¿Y ahora, tocais en un *cuarteto*?
EL.—No; tocamos en una habitación muy amplia.

Dib. RODIO



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia,	856.
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ

2- FUENTE
65

LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLAU

Bases para el Concurso de marzo

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 10 de abril, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: Para el concurso de pasatiempos.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de marzo insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará

con indicar esta circunstancia en nuestros sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de abril se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

1.—Siempre que torea el Gallo

PISTOLA



2.—Cara de pocos amigos

PLIEGUE

100 NOTA50JO

3.—Charada

—¿Contestó Luis a tu carta?
—Prima, segunda cuarta, prima tertia y
no hay quien le saque un real a ese prima
los tertia.
—Sí que hace una todo.

4.—En las cartas se admiten

ESPINA

500

Cangrejo del Brasil

Mediodía

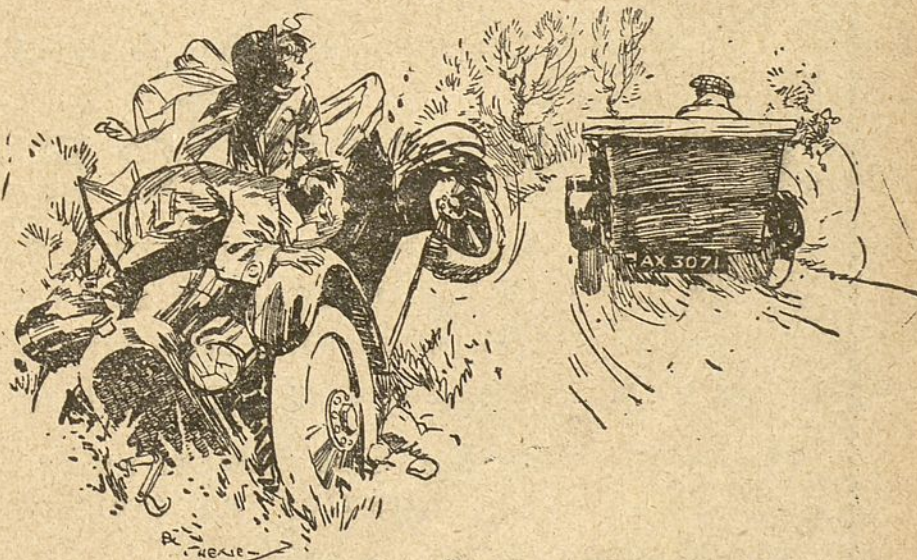


SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6'

5.—Ocurre algunos días

A las 15,30 del día
ENFERMAS

Cupón núm. 1
que deberá acompañar
a toda solución que se
nos remita con destino
a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de marzo



La víctima del accidente de automóvil.—¡Qué mal corazón! ¿Por qué no se habrán detenido para auxiliarnos?

Su mujer (ex telefonista).—No te preocupes. Ya he tomado el número: es el XA 70-31.

De Tre Passing Show.—Londres.

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera» Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor selecta» Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte» La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 pesetas, según cabida.



Depilatorio Belleza El único que ha obtenido GRAN PREMIO. Han certificado eminencias médicas e higienistas, que el Depilatorio Belleza es un preparado racional, científico, práctico, inofensivo e higiénico. Tiene fama mundial para quitar de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, cogote, etc., sin perjudicar el cutis. Resultados rápidos y sin molestia ninguna.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE ROGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)

LA PAQUITA

NUEVA FABRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ. 41

TELEFONO 23-33 M

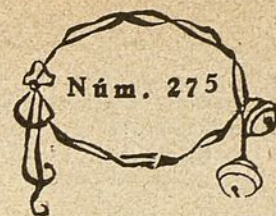
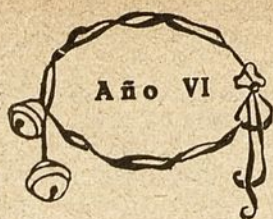
(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

M A D R I D

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICION, SATINADOS FINOS
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACEN: Plaza del Matute, 6.

Teléfono 50-05 M



VESTIR AL DESNUDO

No he comprendido todavía, ni pue-
de que comprenda nunca, el modo
equivocado e inicuo con que juzgó la
gente un acto honrosísimo cometido
por mí y que es, sin duda, uno de los
más hermosos que puede realizar el co-
razón humano. Varias veces he dado
cien vueltas al asunto y las cien he
tenido que reconocer mi ignorancia. La
clave de todo aquello continúa tan im-
penetrable para mí como el día en que
me sucedió, y eso que van ya trans-
curridos muchos años.

Pero mejor será que no les moleste
a ustedes exponiéndoles mi extrañeza y
pase a explicarles detenidamente lo
sucedido. Tal vez alguien comprenderá
lo que yo no he podido comprender
nunca. Esta esperanza me guía a co-
menzar ahora mismo mi relato.

Creo necesario hacer cons-
tar, para la mejor compren-
sión de esta historia, que, aun-
que soy un hombre de creen-
cias, no tengo, ni he tenido
nunca, nada de beato. Si
aquel día penetré en una igie-
sia, cuyo nombre no viene al
caso, y me quedé a escuchar
el sermón que nos dirigió un
canónigo de Tarrasa, fué por-
que en el susodicho templo
había unos hermosos calorí-
feros, había unos cómodos
bancos y en el bolsillo de mi
chaleco había veinticinco cén-
timos. Unase a esto que aca-
baba de darme plantón un
amigo que hubiera debido
abonarme diez pesetas, que
estaba lloviendo torrencial-
mente y que mi paraguas
languidecía de nostalgia en el
sótano de una casa de prés-
tamos.

No me arrepentí, sin em-
bargo, de mi decisión, ya que
el predicador habló muy
elocuentemente, durante cinco
cuartos de hora, fustigand
con palabra certera la vida
egoísta de los que sólo aten-

tos a los goces y vicios terrenales, des-
cuidan de manera sumamente perni-
ciosa para la salvación de sus al-
mas, el ejercicio de las obras de mi-
sericordia, las que más halagan y
nos acercan al corazón del Altísimo.
El orador trató con mano dura a esas
personas pudientes,—de la aristocracia
por regla general—que destinan un
vestido a cada hora del día y pagan
sumas enormes por trajes que no se
han de poner más que una vez al año,
sin recordar que muchísimas almas
sienten ateridas sus carnes por un frío
que no basta a ahuyentar el montón
de harapos inmundos con que suelen cu-
birse. Para estas gentes disipadoras
y sin caridad, pintó el canónigo de
Tarrasa los más crueles tormentos
cuando les llegase su hora postrera.

Salí a la calle impresionado y con-
vencido por la justicia de las palabras
del representante del Ministerio Ecle-
siástico. Los ricos—pensé—no tienen
caridad; por algo dijo el Mesías que
tan difícil como el que pase un came-
llo por el ojo de una aguja, será el
que entre uno tan sólo de ellos en el
reino de los Bienaventurados.

Pero cuando iba absorto en estas re-
flexiones una idea vino a penetrar co-
mo un mazazo en mi braquicefálica ca-
bezota. "Soy un canalla"—dije—"un
malvado, indigno de la Gloria Eterna".

Acababa de recordar que en uno de
los infinitos baúles de mi casa, había
abandonado, un traje que no me puse
más que una vez y que no pensaba
volverme a poner nunca. Me lo hice
exclusivamente para lucirlo una sola

noche y yacía completamente
nuevo, olvidado en un cofre.
¡Y pensar que tantas pobres
gentes andaban con un vesti-
do lleno de andrajos, sintiendo
penetrar el frío por sus débi-
les carnes, mientras yo guar-
daba encerrado en mi casa un
traje magnífico, que no había
de volver a vestirme nunca!

—Soy un canalla—repetí lle-
no de intimísima convicción—.
Esta misma noche he de bus-
carle y mañana por la mañana
iré de puerta en puerta para
regalárselo al infeliz que en-
cuentre más necesitado. ¡Có-
mo no se me ha ocurrido an-
tes!

Y al decir esto apresuré el
paso, ávido de llegar a mi do-
micilio cuanto antes para de-
dicarme a la busca del traje
deseado.

Lo encontré al fin, como
siempre que se busca algo, en
el último de los baúles donde
me propuse mirar. Estaba
completamente nuevo y hasta
la polilla había respetado su
tejido. Hice con él un lío, lo
envolví cuidadosamente en un



Dib. SILENO.—Madrid.

periódico y lo dejé ya preparado para el día siguiente.

Apenas dormí en toda la noche, desvelado por la caritativa obra que iba a realizar. Acababa de amanecer cuando me lancé a la calle con el paquete bajo el brazo, en busca de un pobre a quien regalarle mi traje.

La tarea de buscar un pobre es bastante más difícil de lo que parece a primera vista. Hay que subir gran cantidad de escaleras para llegar hasta las guardillas y, la mayor parte de las veces, resulta, o que están coupadas por gentes que no carecen de lo necesario, o que si realmente existen pobres viven en el sótano. Total: subir y bajar escaleras para que acaben diciéndole a uno que están muy ocupados y que en ese momento no pueden recibirle. Había salido de mi casa a las siete de la mañana, empezaba ya a anochecer, y aún iba con el paquete bajo el brazo. Comenzaba a desesperar, cuando al fin...

Al fin topé en una guardilla de la calle del Bastero a un viejo de aspecto miserable. Vivía solo y sus ojos sin luz apenas distinguían los objetos. Todo a su alrededor denotaba una miseria horrible. No cabía duda; aquel era mi hombre.

Me arrodillé a sus pies y le dije en tono humildísimo esa frase sacramental que vengo leyendo desde que tuve uso de razón y que es insustituible cuando se trata de favorecer a un menesteroso:

—¡Valor, amigo mío!

Continué luego en un arranque de sentimentalismo:

—Vengo a socorrerle. Por lo pronto, le traigo un traje con que reemplazar ese otro lleno de jirones. Va usted a ponérselo ahora mismo.

Tuve miedo de que aquel hombre desestimase mi ofrecimiento, obligándome a danzar nuevamente por todo Madrid con un paquete bajo el brazo, cuyo peso y volumen me molestaba de un modo horrible; así es que, ni corto

ni perezoso, me arrodillé ante él, y después de besarle su mano, dije:

—¡Júreme que no rehusará mi humilde obsequio! ¡Se lo hago de todo corazón! ¡Es tan grato hacer el bien a nuestros semejantes!...

Y como el viejo no rechistase, empecé a desenvolver mi paquete para mostrarle mi hermoso terno. Lo extendí hacia él, preguntándole:

—¡Eh!... ¿Qué le parece?

En realidad mi pregunta era un poco absurda ya que había anochecido por completo; en la guardilla no había luz ni lumbre y aquel hombre estaba casi ciego. Pero no obstante me repuso:

—Tal vez un poco claro.

No me molestó aquella observación; estaba decidido a que aquel hombre se quedase con el traje, fuese como fuese, ya que el brazo me dolía bastante de llevar el bulto durante tantas horas y, en consecuencia, le repuse:

—Voy a ayudarle a usted para que se lo ponga sin perder momento. No sé que me da verle con el que lleva ahora...

Y allí mismo realicé la sustitución en un instante. Con el nuevo traje mi protegido parecía otra cosa. Un sentimiento de dulzura se extendió por todo mi ser. ¡Qué hermoso es, indudablemente, hacer una buena obra!

Luego, dirigiéndome a él, le dije, henchido de orgullo:

—Ya puede salir usted a la calle cuando quiera. Con ese traje está muy presentable... Le da un aspecto más jovial...

El pobre viejo me dió las gracias con un silencioso apretón de manos, mientras por sus mejillas me parecía ver desfilar dos lágrimas. Después, salió a la calle.

Y entonces fué cuando ocurrió ese algo extraordinario, inaudito, a que me he referido al comenzar esta historia y que no podré explicarme en mi vida.

Apenas bajó a la calle mi protegido luciendo su nuevo terno, le cogió un guardia y lo condujo a la comisaría.

No he podido explicármelo nunca. Acaso, acaso he llegado a sospechar si todo sería debido al hecho de que el traje que yo regalé a aquel pobre hombre, porque no pensaba volver a ponérmelo, era de "pierrot", color malva...

MANUEL LAZARO



Dib. A. P. P.—Madrid.

—No comprendo cómo te afeitas tan deprisa.

—En algo se ha de notar que lo hago con máquina.

LA TIMIDEZ

La causa de todo lo que hubo de sucederle a mi vecino Próspero Palomares, no fué otra que su excesiva timidez. Próspero era arquitecto, tenía veintiocho años, una figura que no desagradaba a las mujeres y un sueldo más que suficiente para sostener una familia, condiciones que, como ustedes verán, hubieran hecho de él un hombre excelente a no haber sido por el defecto que dejó apuntado.

Este defecto fué la causa de que cuando le presentaron a la señorita Arellano, Próspero no se la declarase inmediatamente, ya que ella le gustó de una manera estrepitosa. Sólo su

enorme timidez hizo que se detuviera en su garganta las frases con que la hubiera declarado su pasión. Calló sin embargo, y la señorita Arellano no pareció darse por muy enterada de las angustiosas y madrigalescas miradas con que la asataba el joven arquitecto.

Fué algunos meses más tarde cuando Próspero se encontró en la calle con la señorita Arellano y, tras de un penoso esfuerzo, decidióse a abordarla. La joven iba acompañada de su madre e hizo al arquitecto la presentación de su progenitora. La señora de Arellano mostróse sumamente

amable y, ya al despedirse, ofreció con visible calor su casa al recién presentado, que se prometió no perder esta ocasión de introducirse en el domicilio de su amada.

Al efecto, cuatro días más tarde Próspero vistiose su mejor traje, se arregló, se peinó y dirigióse a casa de las Arellano, decidido a no contener por más tiempo la declaración que constantemente pugnaba por escaparse de los labios. Pero, cuando estuvo en presencia de las dos señoras, su valor desapareció como por encanto. Habló del tiempo, de lo espléndida que se presentaba aquel año la cosecha de remolacha, y al sentir agotados los temas de su conversación, despidiose precipitadamente. Volvió al día siguiente decidido a declararse; pero tampoco dijo nada, cohibido por su innata timidez. Tampoco al otro día consiguió declararse, ni al otro...

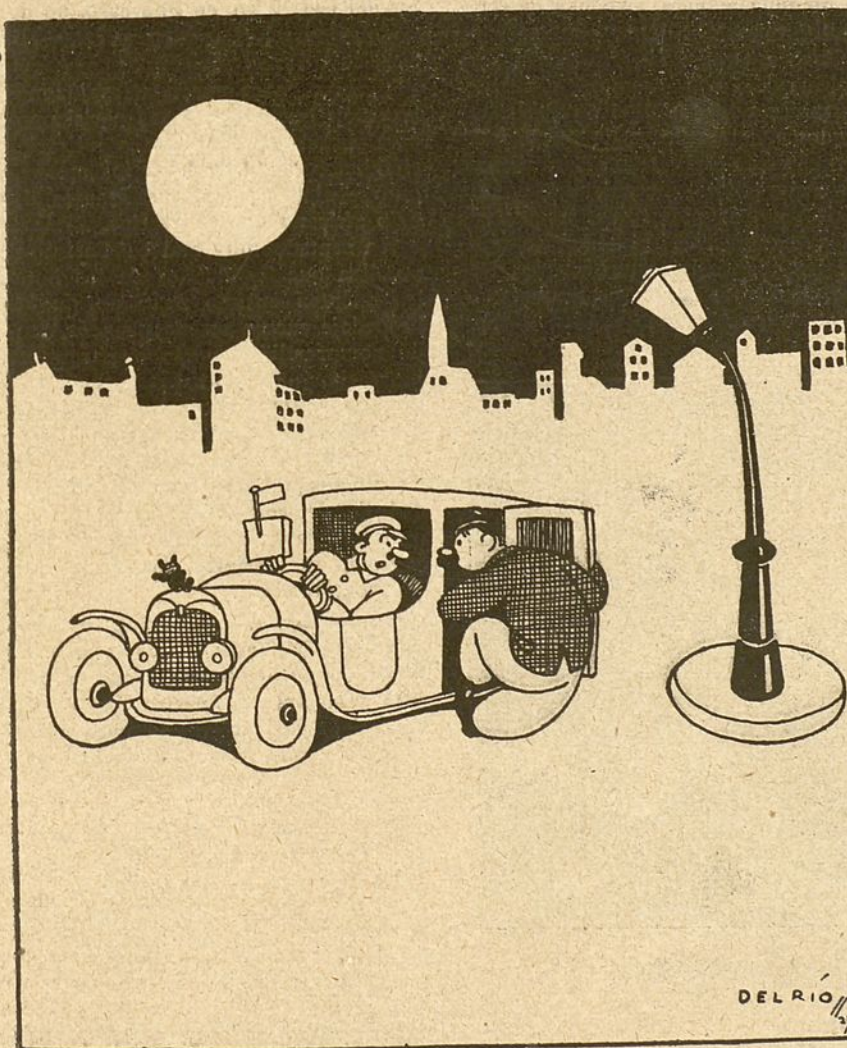
Hasta que, al fin, dió con un proyecto maravilloso. Cuando al despedirse, la señorita de Arellano le acompañase hasta la puerta de la escalera, él dejaría olvidado voluntariamente un objeto cualquiera. Inmediatamente volvería a llamar y cuando ella volviese a abrir, él, alentado por la ausencia de la madre, haría un esfuerzo y se declararía ante la beldad.

Dicho y hecho. A la tarde siguiente, apenas penetró en el domicilio de las Arellano, Próspero dejó intencionadamente los guantes en un sitio apartado; permaneció media hora en la visita y despidiose acto seguido. Como de costumbre, la señorita Arellano le despidió al pie mismo de la escalera y él comenzó a bajarla sin llevar consigo los guantes. En seguida volvió a subir y llamó al timbre. ¡Valor! Era el momento decisivo.

Pero, cuando un torneado y espléndido brazo hizo girar la puerta, Próspero sintió renacer su timidez. Para vencerla, hizo un esfuerzo, cerró los ojos y, con un ademán rapidísimo, se apoderó del miembro amado y comenzó frenético a besarlo, al mismo tiempo que murmuraba palabras de pasión.

Al día siguiente Próspero recibía una carta invitándole a no parecer más por casa de las señoras de Arellano. Aquella era una casa muy decente—le decían—y no toleraban visitantes que besasen a las criadas en el descansillo de la escalera.

VALENTÍN HURTADO



El chófer.—¿Dónde va el señor?

El curda.—¿Y a usted qué le importa?

Lib. Del Río —Barcelona.

"BUEN HUMOR" EN PARIS

CRONICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

CXV

No esperen mis robustos lectores en mi crónica de hoy ninguna de las acreditadas necesidades que me han hecho tristemente célebre en las columnas de BUEN HUMOR. Estoy apenadísimo y más próximo al llanto acerbo que a la carcajada imbécil e inconsciente. ¿Que por qué estoy así? ¡Ahí es nada, queridos correligionarios! ¡Porque acabo de saber que mis crónicas de París están ofendiendo a los franceses y que los franceses parecen dispuestos a no consentir que esto continúe ni un día más!... En París hay ya una infinidad de gente que me conoce y que me odia; y cuando salgo a la calle se me señala con el dedo aunque esto último no me importaría sino supiera que algunos individuos irascibles han pensado que lo que se debe hacer no es señalarme con el dedo sino con la mano completa (y fuertemente cerrada para mayor dolor.)

Comprenderán ustedes que semejante atropello, si se consumase, sería

una injusticia selvática, porque mis crónicas, leídas por un francés, no son para ponerse así. Leídas por uno que sepa castellano, ya es otra cosa, y en ese caso no me extrañaría la agresión por café que ella fuera; porque, en efecto, lo que yo hago con el idioma no es para dejarlo pasar sin tomar una determinación grave y profunda; pero, como he dicho hace poco, esa determinación no tiene derecho a temarla más que un lector español que, además haya ido a la escuela con cierta frecuencia y con patente aprovechamiento y aplicación. Un francés, de ninguna manera. ¡No hay derecho, repito, y basta!

Claro es, que a los franceses no les molesta de mis crónicas el estilo; les molesta lo que digo de París, valiéndome del estilo, y de otras cosas por el estilo del estilo. Acostumbrados a que todos los cronistas elogien a París sin tasa ni medida, les indigna y les ennegrece el alma que yo critique los edificios, los museos, los teatros, los cafés y las costumbres. Y como yo he criticado, también sin me-

dida, la arquitectura de ciertos monumentos; como me he reído, también sin tasa, de determinados museos; como he hablado medianamente, y sin medida también, de algún teatro que otro; y como he hecho lo mismo de algún café, y también sin preocuparme de si era sin tasa o con ella, esta gente ha concluido por sospechar que yo era un inverecundo y repugnante guasón y se ha puesto a mal conmigo. Confieso que lo siento, pero que no estoy dispuesto a enmendarme. Los españoles somos todos un poco cabezotas, porque por algo somos hijos del Cid; y yo, en este caso, no digo que sea el Cid, pero si se ponen feas las cosas seré el id...

Y ahora, para que ustedes juzguen la razón que asiste a los parisienses, para enfadarse conmigo y retirarme el saludo, voy a recopilar los motivos que se alegan como justificantes del odio africano que se avecina.

Ha sentado muy mal en París que yo diga que los dueños de los hoteles mienten cuando anuncian que el hospedaje cuenta sesenta francos, "todo comprendido" y sin embargo, no he dicho una tontería porque eso de todo comprendido es un camelo, ya que un servidor no ha logrado todavía comprender una sola palabra de las muchísimas que tienen la amabilidad de decirme, sobre todo cuando quieren cobrar la cuenta, que a veces hay más que palabras, aunque yo sigo sin comprender...

Ha sentado tal mal como lo anterior a los parisienses que yo asevere seriamente, que el barrio latino es una cosa semejante a nuestro distrito de la Latina, y si acaso con unas cuantas casas más, y no todas honradas porque en el susodicho barrio tienen que vivir por obligación la mayoría de las grisetas para no dejar mal a Murger, Verlaine, Baudelaire y otros chi-fados por el estilo (que en paz descansen), que son los que determinaron que el amor, lejos del "boulevard de Montparnasse", era una estupidez insufrible.

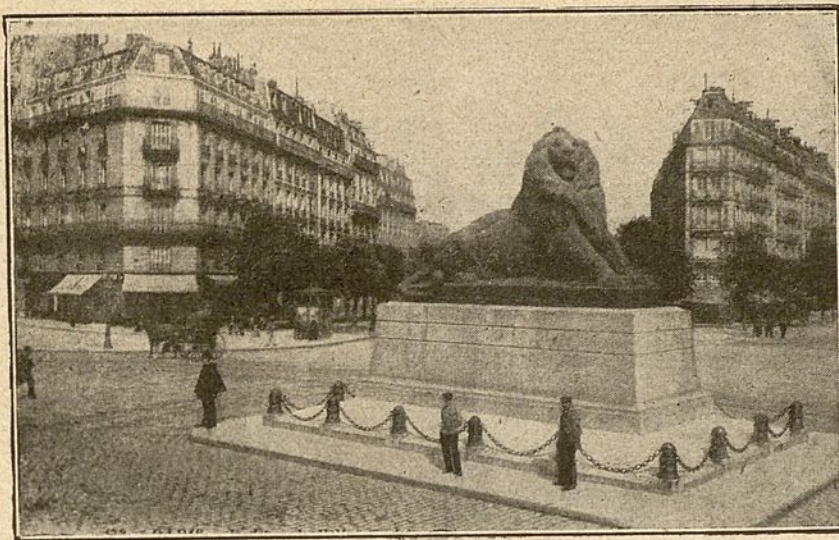
También ha ofendido mucho a estos señores, que yo me fije en la funesta competencia que se están haciendo los bares del barrio de la Villette, a los cuales concurren muchachas de éstas



UN ELEGANTE ASPECTO URBANO DE PARIS

Lugar donde usted verá,
a poco que mire usted,
a la diestra la Opéra,
el bulevar más acá
y, aún más, la rue de la Pé.

Los parisienses escriben Paix, pero yo lo escribo como lo he oído, que es proceder con verdadero sentido común, aparte de que cuando se escribe en verso no se tiene la cabeza para nada serio.



LA PLAZA "DENFERT-ROCHEREAU"

*Como las cosas aquí
no se llaman como son,
se llama esta plaza así;
pero es la plaza del León.*

Y pongo el León con mayúscula porque hay que ver el mamotreto que es el animalito susodicho, que por cierto conmemora una de las batallas que perdieron los franceses en la guerra del 70. Si la llegan a ganar, ponen un elefante, en estado interesante para que fuera mayor todavía.

que no hacen caso de los consejos de sus padres, y cuyos bares se denominan, el uno, **BAR MOSCOU** y el otro, **BAR RIGA**, palabra sospechosa si se tiene en cuenta las jóvenes solteras que, como acabo de decir, se acogen a su seno, sabe Dios con qué indescifrables intenciones.

Igualmente ha producido indignación el que yo haga el descubrimiento de que en los restaurantes de París no se puede comer un plato de riñones, porque los cobran como si estuvieran montados en platino; de donde resulta que en España, para hacer un plato de riñones, se necesitan riñones, pero que en París para lo que se necesitan riñones, es para pedir el plato.

Asimismo ha sido objeto de unánimes censuras mi afirmación solemne de que el "water-closet" en Francia, no tiene derecho a llamarse el número 100, mientras el franco esté como está hoy, y que si se le llama el 23,55 ya debe estar agradecido por los céntimos que se le añaden, aparte de los de la propina a la encargada, que no hay ninguna eminente señora de esas que la rehuse.

No quiero ni recordar tampoco la furia que produjo en ocho transeúntes mi observación ante la tumba del soldado desconocido, cuando osé ase-

verar que yo reunía méritos semejantes, salvo no ser militar, o lo que es lo mismo: que yo, en París, era el paisano desconocido. Ninguno de los ocho

irritados viandantes supo comprender el denso y humeante humorismo que envolvía mi genial afirmación. Les compadecí con todas mis fuerzas.

Igual o mayor molestia que las anteriores cosas ha producido a estos nobles galos el que yo descubra que en París no se sabe francés, como lo demuestra el hecho de que en el teatro Olympia haya un espectáculo de "varietés" y ellos lo anuncien de otra manera, por ignorar seguramente que se dice así, cosa que en Madrid sabemos desde pequeños.

Y lo que más ha molestado, lo que no me perdonarán mientras viva, ni es probable que después de que me muera (aunque entonces me preocupará algo menos) es lo que opiné libre y republicanamente sobre el acreditado cementerio de perros que tan famoso se ha hecho entre todos los extranjeros con alma de isidro que nos venimos aquí a gastar los cuartos con insensata frecuencia. Esa necrópolis canina, en la que pueden entrar los perros muertos, pero en la que no pueden entrar las personas si no aflojan una barbaridad de perras a la puerta... ese fantástico lugar de eterno descanso animal, destinado a demostrar que la vida es perra y la muerte puede ser perra también (o perro, porque a ambos sexos se les considera...) ese para-



EL DEMOCRATICO "QUAI DE LA TOURNELLE"

*Sitio donde hay paseantes
y que pillan un poco lejos,
Tiene árboles abundantes
y puestos de libros viejos.*

Y les juro a ustedes por la salud de Mussolini que los árboles, a pesar del mal tiempo en que estamos, tienen muchas más hojas que los libros que se venden, que, no obstante esa desgracia, encuentran almas más que los leen.

je de inenarrable poesía, lleno de lápidas como la celeberrima que dice de un galgo que descansa en paz, seguramente teniendo en cuenta lo que el pobre animalito habrá corrido en sus buenos tiempos, me dictó unos cuantos comentarios irrespetuosos para los infelices difuntos, y yo los hice públicos sin sospechar que el asunto podría traer la cola que ha traído, que es mucha más cola que la que haya podido usar en vida el perro que más abundante la tenga.

Es decir, que si yo no hubiese llegado a canearme de los canes, quizá todo lo demás me lo habrían perdonado.

Y es que yo no caí en la importan-

cia que en París se les concede a los perros.

¡Con decirles a ustedes que hay algunos que hablan!

Y no crean que esto es exageración: pueden verlos ustedes, cuando vengan a París, en la mar de esquinas y a la hora de salida de los teatros.

Y a veces sin necesidad de salir de los teatros, porque les dejan entrar en muchos.

CXVI

A pesar de todo lo dicho, París me sigue encantando.

Sobre todo, porque, como aquí ne-

hago más que estas crónicas, resulta que no hago nada. Y esta es una clase de trabajo para la que tengo unas condiciones excepcionales y espantosas.

Pero, como a pesar de todo, me fatigo siempre, en este momento me voy a ir a la cama si ustedes no disponen otra cosa.

Y si la disponen, tendré el dolor de desobedecerles desvergonzadamente.

¡Hasta mañana, si Dios quiere, y que ustedes descansen... ¡que, si se han leído este artículo íntegro, lo necesitan bastante más que yo!

ERNÉSTO POLO

París.—Brasserie Ducastaing.—Marzo.



LA VERDAD EN EL TEATRO

Un director de escena que es muy ducho, así dijo a un actor que estima en mucho: —Voy a darte un papel que ni pintado te encajará mejor..., de lucimiento... y que quizá sería algo arriesgado para quien no tuviese tu talento y tu modo de ser... En esta pieza, a muy poco que pongas de tu parte, has de hermanar el Arte con la Naturaleza...

Estudiándote bien, en ti he pensado para el papel de un pillo redomado, un perfecto bergante, informal, trapalón, trapisondista, desleal y farsante, que se pierde de vista, y que es, por lo que dice y lo que calla, un golfo, un sinvergüenza y un canalla..

El autor, que es experto y eminente, para ti lo ha trazado expresamente...

Que te luzcas en él, cosa es sencilla a poco que a tu instinto te abandones; está en tus condiciones y lo has de interpretar a maravilla...

Quedó el actor confuso y pensativo, sin saber qué decir; pero, repuesto, y con tono incisivo, habló así al director, poniendo un gesto agridulce, ni grave ni expresivo:

—Por el modo que tiene de *elogiarme*, no sé si agradecerle o enfadarme, porque he visto con pena en su elogio efusivo echar una de cal y otra de arena.

Optó por lo primero; y, en su vista, también debo elogiarle, ya que como persona y como artista, discípulo de usted, logré imitarle...

X. v

La exclusiva para la venta de BUEN HUMOR en Iguala, del Estado de Guerrero y distrito de Hidalgo (México), la tiene Francisco A. Coronel, Agente librero.



Dib. RAMÍREZ — Madrid.

BAILE DE TRAJES.

—Mira la de Parrondo vestida de paje. Y él, ¿de qué va?

—Ya lo ves, chica... ¡de paja!

El hombre, el mono, el árbol, Darwin y la Biblia en pasta

No es el título de una fábula de Samaniego, ni el de una comedia pirandelliana.

Tampoco voy a cantar las virtudes del hombre, las gracias del mono y las bellezas del árbol. No. Sólo unos leves y breves comentarios a ciertas teorías, aunque el modo radical de que los grillos no le conviertan a uno el interior del cráneo en olla chirriante, es el de no leer una línea de los descubrimientos científicos—tan contradictorios como los de aquellos solemnes doctores de gafas y coletas, del *Rey que rabió*.

Par no saber jamás a qué carta quedarse, para llegar a la conclusión socrática del *sólo sé, que no sé nada*, lo más corto es no perder tiempo y pestañas sobre los libros, e incluso entonar un himno al analfabetismo.

Dígoles, porque, precisamente ahora,

cuando andaban de capa caída las teorías de Darwin, un profesor universitario las ha reforzado, descubriendo, en el Africa del Sur, un cráneo que, con otros dos sacados de no sé donde, (omito los nombres con que los han porst-bautizado, para no atacar el de usted, lector, con una formidable jaqueca, y evitando gastos de aspirina-cafeína), constituyen los eslabones que van de la animalidad a la humanidad. El primer cráneo es todavía el de un mono, que parece un hombre, en tanto que los otros dos pertenecen ya a hombres que parecen monos.

Gran enojo recibirá con la noticia aquel *lord* que, con un orangután diseado puesto a su vera, empezó un discurso así:

—Señores: por más que digan, no reconoceré jamás com pariente mío a este *gentleman*...

Pero, el hallazgo de los susodichos cráneos, por monísimos que sean, ¿prueba algo o no prueba nada?

—Papá, preguntaba a Gedeón su hijo: ¿es verdad que nosotros descendemos de los monos?

—Sí, hijo mío, contestaba suspirando Gedeón.

—Y los monos, ¿de dónde descienden?

—¿Los monos? Pues los monos descienden... de los árboles.

Ahora resulta que esta gedeonada, no es gedeonada, sino la exacta y pura verdad científica, llevada aún más lejos de lo que Gedeón suponía, sino que ligeramente modificada.

Verán ustedes. Quienes descienden de los árboles en el sentido metafórico de procedencia originaria, y no en el sentido literal y accidental de descender porque se hayan encaramado a coger guindas, a podar el árbol, o porque se hayan subido a la parra, o porque estén en la higuera. Es que ahora, otros sabios aseguran, que lejos de proceder el hombre de un antepasado feroz, irracional, velludo y feo como él solo, procede del hombre ebúrneo, liso y glabro como colmillo de elefante, un bello tipo dotado además de ciencia infusa, de sentimientos delicados, que no conocía el artritisismo, ni la calvicie, ni las cáries dentarias, ni los horrores y errores de la farmacopea, ni el tabacazo, ni ningún vicio, ni las pasiones violentas, ni el casero, ni el inquilinato, ni la cédula personal, ni pasaporte para viajar, ni la férula del cuartel, ni la oficina idiotizante, ni la fábrica ruidosa y humosa, ni el reloj tiránico, ni la angustia de los exámenes, ni la prensa embustera, ni los discursos patrióticos, ni los comestibles adulterados, ni los pintores cubistas, ni las cuentas del sastre, ni el calzado estrecho y los callos por ende...

No, no. El hombre primitivo, esbelto y elegante cual bailarín ruso, cruzaba este planeta, hecho un fresco, por la desnudez, y un vago por el dulce ocio. No siendo carnívoro, no necesitaba cocinar, ni siquiera cazar. Era la auténtica Edad de Oro, añorada por Virgilio, lo que siempre nos había parecido una papa...

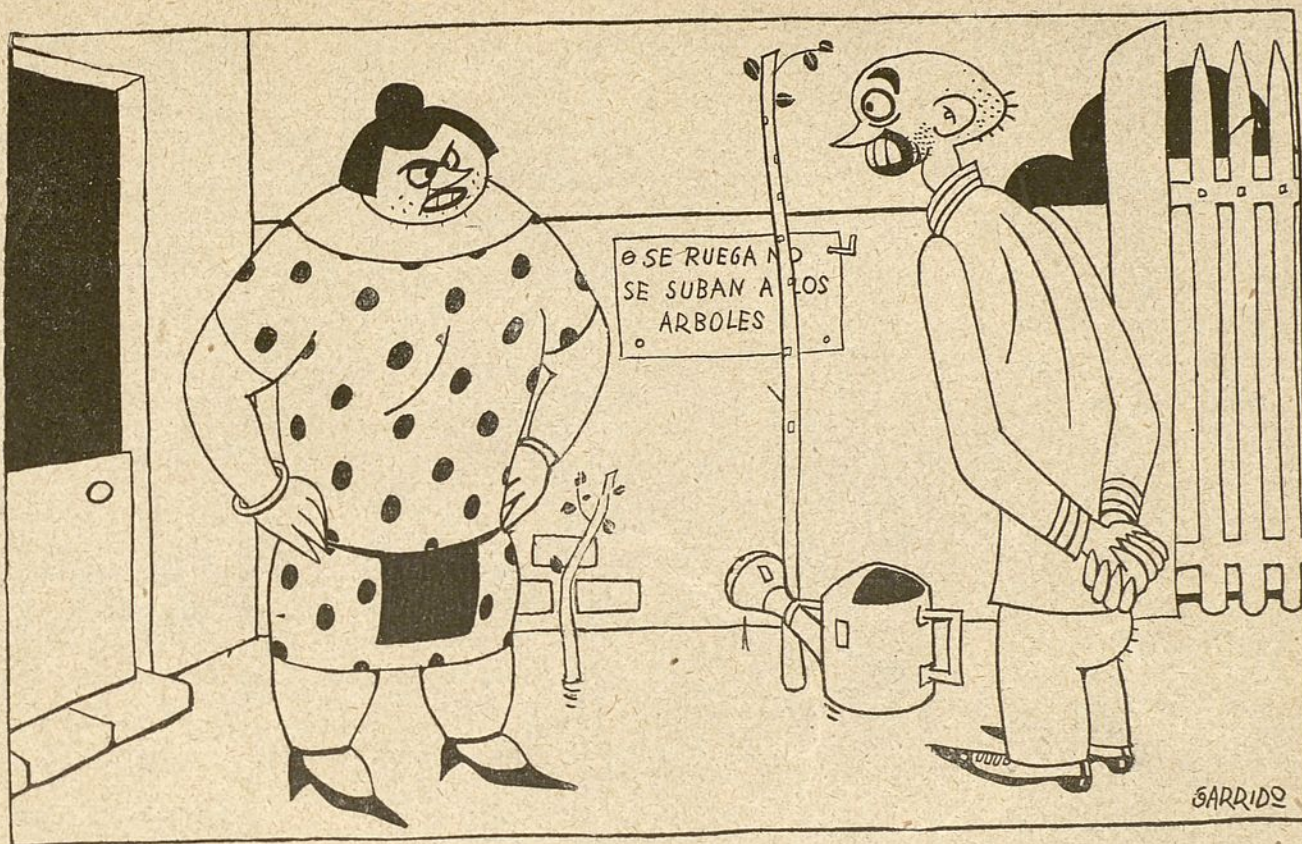
Pero nos hemos desviado del origen de este antepasado tan bello, tan simpático y tan feliz. No nació de mujer,



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—¿Y por qué le llaman el doctor Carnaval?

—Pues porque no receta más que papelillos.



Dib. GARRIDO —Madrid.

Ella.—Mañana hace quince años que nos casamos. ¿Te parece que matemos el gallo?
 El.—¿Y qué culpa tiene el pobre animalito?

y mucho menos de una innoble orangutana sino del *Arbol de la Vida*. El sabio que cayó en la cuenta del encantorio, nos explica que tenía la cabeza en la raíz, y los pies por alto (no el sabio, sino el hombre primitivo), tal como ahora algunos chicos por juego—quizá por atavismo—se colocan a ratos, con un leve temblor de las extremidades inferiores. Bueno, el árbol conforme iba creciendo, se iba convirtiendo en persona, exactamente al revés de esas personas que con la edad se van convirtiendo en alcornoques, y también al revés de Dafne, quien se transformó en laurel, como puede comprobar el lector por sus propios ojos, sin remontarse a la Prehistoria, con sólo llegarse a nuestro Museo del Prado y mirar el cuadro de Rubens: *Dafne huyendo de Apolo*. Allí verá los rosados talones de la rubia ninfa, echando raíces que se hunden en la

tierra, mientras de los dedos de las manos brotan verdes hojas...

El descubridor del hecho que comunicamos al lector, explica detalladamente la evolución del susodicho árbol, el cual acaba por darse un batacazo mayúsculo, y es la *Caida* a que hace alusión el mito de la caída del hombre. ¡Vaya debut! Ahora bien: el lector tiene donde escoger el origen que más le halague. ¿Qué prefiere, venir del antropeide o ser el descendiente degenerado y lleno de afiladas y carrañaclas, del hombre ebúrneo, etcétera?

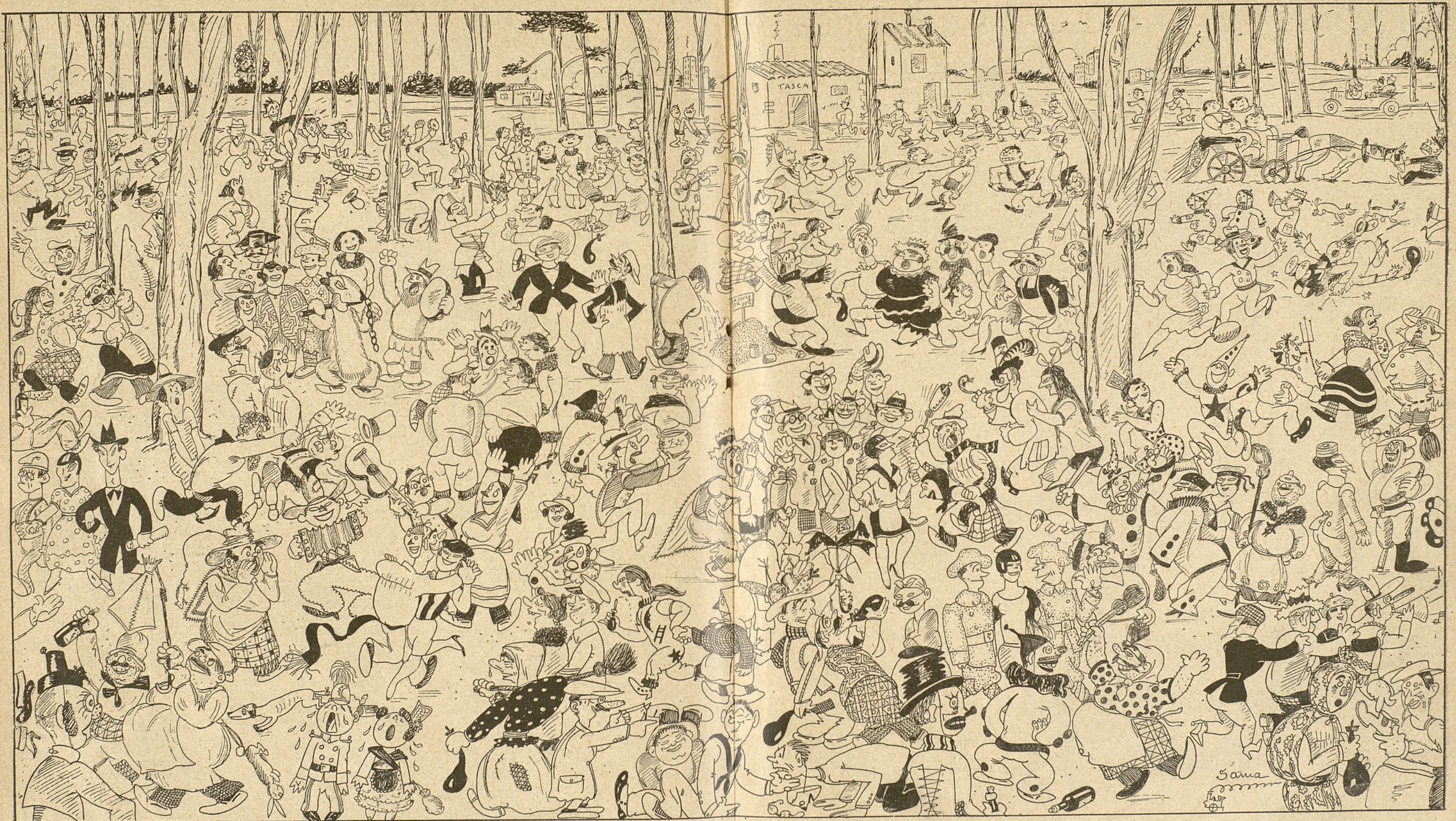
Aún puede optar por una tercera teoría: la de que somos oriundos del mar, de origen ictiológico, o sea procedentes de los peces más o menos coloreados; ésto explica satisfactoriamente por qué hay aun tanta casa de peces entre los hombres y por qué tienen tanta escama algunos individuos.

La faena anfibia de las sirenas—de seductoras mañas y plateada cola—es, según unos sabios, no menos respetables que los otros, el símbolo de este concepto, que no es ni pez ni rana, pero que tiene algo de todo.

Aunque quizá lo más práctico sea que no nos caldeemos la mollera con estos enigmas, ya que sin subir tanto en el árbol genealógico, no hay a quien no se le apabulle y pulverice el amor propio, si recuerda aquella redondilla que Bretón de los Herreros pone en boca de un rudo y franco aragonés, replicando contra vanidades de blasones:

¿Quién es el santo varón,
 que dirá sin juramento:
 veinticinco abuelos cuento
 y ninguno fué ladrón?

MATILDE RAS



UNA ESCENA DE LA INHUMACION O SEPELIO DE LA SARDINA

Dib. del ilustrado gafas Maese SAMA.

El entierro de la sardina

—Tanasia, ¿qué día hace pa irse a la pradera del canal?

—¡De primera!

—¡Qué festival de tortilla de esca-beche y chuletas a la parrilla se podía uno dar tumbao en el céspede.

—¡Dirás mejor, recepción con un frasco de vino y mandarinas pa poste-re!

—¿Quieres que acompañemos a la última morá a la sardina?

—¡Pero un día es un día, hija, y el reuma en una forma que estoy bal-dadita, Sinfo!

—¡Sí, que yo estoy del asma que paezco un papamoscas buscando el oxígeno!

—¡Pos entonces!

—¡Pero un día es un día, hija, y si hoy nos divertimos unas miajas, que nos quiten mañana lo bailao!

—¡Bueno, pues por mí, si no puedo andar iré cojeando!

—¡Naturalmente, y a mí si me aprieta la disnea me chinchó, pero me regodeo!

—¡Tíes más valor que Godoy!

—¿Y vamos a ir disfrazaos o de paisano?

—¡Como hace años: Yo con tu traje de meliciano y tú de ama!

—Acertao. ¡Pero sin que me mane Valdepeñas de los pechos, como el año noventa y ocho, que la instalación es muy complicá!

—¡No, y que en cuanto se enteraron los transeúntes tós perdían de mamar!

—¡Y pa destetarlos tuve que andar a golpes!

—¡Bueno, pues a vestirse!

—¡Ahora mismo!

—¡Ten cuidao al ponerte los pantalones no te se estallen, que pa siete los melicianos nos basta son el de julio!

—¡No tengas cuidao! ¿Pa el busto qué te vas a meter, trapo o dos alambreras?

—Si te paece este año me disfrazo de seca, que hace falta menos bulto.

—Como quieras. Abróchame la guerrera y dame el morrión.

—Toma. Dame las arracás y áta-me el pañuelo.

—¡Oye, paecees una pasiega!

—Y tú el general del batallón de la tós.

—Pues ponte la careta y a la calle, que yo ya estoy de encarguito.

—¡A la pradera! ¡Este es mi brazo!

—¡La dama es la que se agarra, Sinfo!

—¡Tíes razón! Aparta que me unzo.

—¡Ay! Espérate, que me ha dao una punzá en el tobillo!

—No hagas caso. ¡Pero no me lles tan corriendo que se me corta el resuello!

—¡Ah! ¿Ahora eres tú?

—¡Es verdaz! ¡Pero no! Vamos. ¡Ay, Tana, Tana, Tana, ay Tana yo te adoro...!

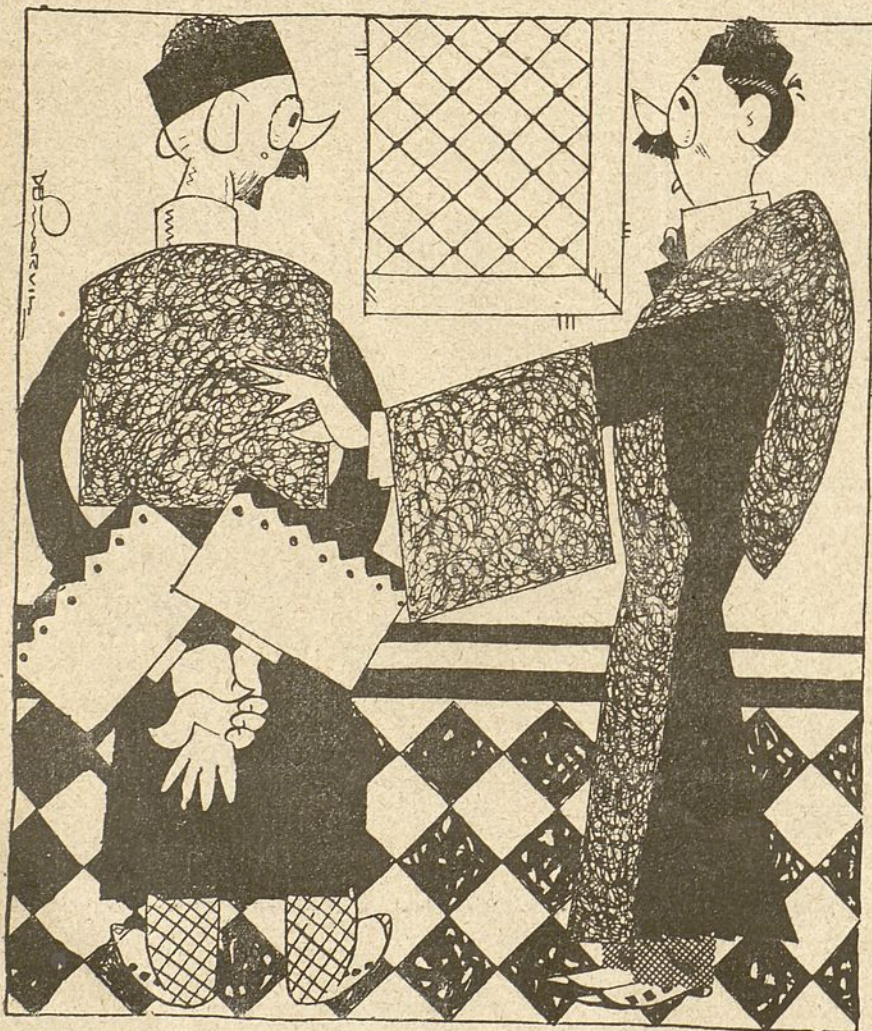
—¡Amos a ver, pareja! ¡Que esto no es un reservao, que es la campiña y aún estamos entre dos luces!

—¡Sinfo, un guardia!

—De los del orden público, Tana!

—Oiga ustez, ama, ¿quiere ustez quitarse del regazo a ese melitar o lo llevo pa el fuero de guerra? ¡Desvergonzaos!

—¡Eh, cuidao con lo que se dice, guardia!



Dib. DESMARVIL.—Madrid.

—Estoy desesperado, señor fiscal. Si pierdo el juicio, me vuelvo loco.

—Usted se calla, que yo hablo aquí con el meliciano!

—¡Ay, no le ha conocío! Si es dama, señor guardia, si el varón es un servidor!

—¡Lo mismo da! ¡La escena del sofá al raso no se la hacen ustés al hijo de mi madre!

—¡Oiga, joven autoridaz!

—¡Que ná, que ahora mismo se vienen ustés a la comisaría por actos inmorales!

—Señor del orden, eso sí que no!

—¡Ay, oo! sí que no, respetable guardia!

—¡Hay que ver qué formas de estar en público! ¡A la comisaría!

—¡Que nos escuche usted, que tó ha sido impensao!

—¡Impensao!

—¡Que sí, señor, que han sido los vapores del vino!

—¡Y tomar la última gota de mosto y transformármese mi señora, porque aquí este soldao es mi señora...

—¿Su señora?

—¡Pa servirle!

—Y comenzaba yo a ver el cabello ondulado y como el azabache.

—¡Y yo su pelo subió de los dieciocho años, con su rizo en la frente!...

—¡Y unas formas de *estautua*.

—¡Y yo unos ojos ladrones!

—¡Tó por el vapor del vino!

—¡Pues nos hemos acordao de otros tiempos y la he oprimido en mis brazos!...

—¡Y yo le he osculao sin miramientos!...

—Pero oiga usted, y dice que con los vapores del vino se le ha antojao a usted *hella* esa anciana *decrepita* y

—¡Es verdaz! ¡Pero no! Vamos, pera?

—Exazto. Gracias al alcohol ella una hurie y yo el bello Narciso.

—Bueno, pues están ustés perdonaos. ¡Pero *hay* de ustés como me engañen!

—¿Nosotros?

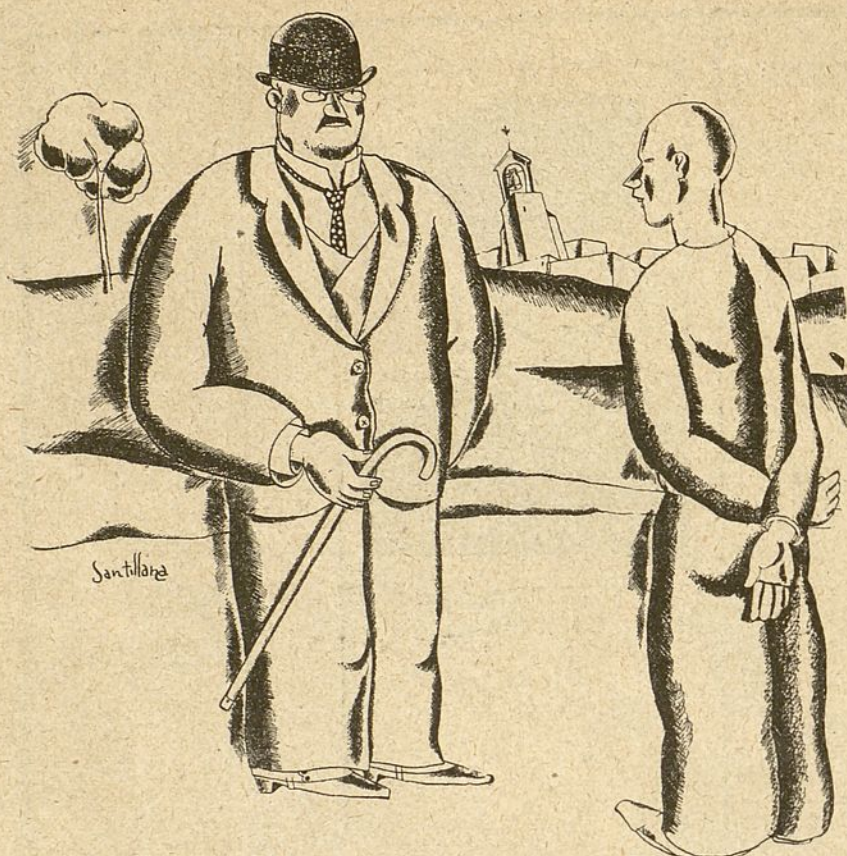
—Yo tengo una mujer con una nube en un ojo que renquea una miaja y es tripuda y voy a hacer la prueba. Me voy a tomar un cuartillo y medio en cuanto termine el servicio y a ver si cuando llegue a casa me encuentro con la Venus del mirlo.

ANTONIO PLANIOL



Dib QUIQUE.—Zaragoza.

—¡Y aún hay quien dice que los artistas de cine gastan mucho en vestir. ¿Ves ese traje qua lleva Valentino? Bueno, ¡pues es del Aguila!



Dib. SANTILLANA.—Madrid.

—¿Dice usted una cosa muy grandota y muy vieja?
 —Sí, hombre, sí; un monumento muy famoso que creo que tenéis en este pueblo.
 —¡Ah! Entonces, debe ser la mujer del alcalde.

LOS ALTOS PUESTOS

FABULA

En un lugar vecino a este lindo Madrid, casi divino, más alegre, simpático y ameno que el prado por abril de flores lleno, cel braban, en día de verano, una fiesta en honor de San Cipriano.

En la plaza, anchurosa y bien formada, dieron una lucida becerrada, en la cual los toretes que lidiaron íntegros al corral los retiraron, porque aquellos espadas, dando al aire tremendas estocadas, no acertaban jamás con el morrillo del valiente y travieso becerrillo.

También hubo funciones de teatro; no eran los comediantes más de cuatro; dos damitas y dos galanes viejos, que deían haber dado consejos a Morano, Borrás, Calvo y Mendoza,

con los cuales el arte se remoja. Buñuelos aceitosos, no se diga, (de esos que hacen que duela la barriga)

a miles contenían las calderas rodeadas de gentes bullangueras, a quienes agradaba aquel veneno más que la fruta del cercano ajeno. Hubo también famosos carteristas, rateros al menudo y petardistas, ped'ros a Madrid con gran apremio al noble sindicato de este gremio, con objeto de dar a tales ferias caracteres de cultas y de serias.

Después de terminada la corrida en la plaza clavaron en seguida un largo palo de los más erguidos, en la punta un bolsón, y en él metidos seis duros para aquel que aun con [apuros, cogiese de la bolsa los seis duros.

Alla va el buen Rufino —alias Pilatos— en manga de camisa y sin zapatos.

Al punto se abalanza, decidido, y trepa como aquel que busca un nido. Cerca de la mitad, el pequeñuelo resbala y cae al suelo.

Silba fenomenal y carcajadas, burlas encarnizadas,

para el pobre zagal que no ha notado que el palo de jabón estaba untado.

Antón el tuerto reemplazó a Rufino, pero iba tan borracho el pueblerino que a dos metros no más pudo ele- [varse,

estando el infeliz para estrellarse, porque con su cabeza dura y terca rompió un guardacantón que estaba [cerca.

De un grupo surge imberbe mo- [zalbete

ancho de espaldas, rudo y regordete; pide permiso para entrar en juego, se lo otorga el alcalde, desde luego, y dando ya la empresa por ganada, emprende la excursión tan deseada.

Da un resbalón, mas pronto, enar- [decido,

gana el terreno que antes ha perdido y de un tirón, esfuerzo sobrahumano, logra tocar la bolsa con la mano.

El pueblo no le aplaude; más bien [grita,

protesta, se enfurece y desgaña.

Celoso de la hazaña del chiquillo, hay quien le tira colosal ladrillo.

Otros, con sutilísima destreza, le arrojan un cordel a la cabeza, rodeándole el cuello

que, a poco más, le deja sin resuello; quiere quitarse, con su férrea mano, aquel dogal, pero su intento es vano porque además de ser el lazo estrecho un tiro le diparan en el pecho.

La multitud celebra tal hazaña y, viéndole caído, en él se ensaña, por ser propio de un pueblo embru- [tecido

gozar con la desgracia del vencido.

La moraleja, pues, es la siguiente: que debes ¡oh lector! tener presente.

Si aspiras a ocupar un alto puesto reflexiónalo antes, y examina si cuentas con las fuerzas suficientes a parar los zarpazos de la envidia.

Porque la dicha ajena a los seres ruines los irrita y acaban por dar muerte al que es di- [choso

por quitarle los go'se de esta vida.

TOMAS LUCENO.

LAS GRANDES TRAGEDIAS

HISTORIA DE UNA HUERFANA CONTADA POR SU PADRE

Voy a contaros la espantosa historia de Siske Rujapakra, joven y bien nutrida muchacha polaca cuya biografía, publicada en un folleto con fotografías y autógrafo, sería un éxito sencillamente pocho

Prestadme atención. (Esto lo dijo el padre de Siske Rujapakra, dos horas antes de morir.)

SUS PADRES.—EL NACIMIENTO.—LOS VILLANCICOS

Es costumbre empezar las historias biográficas declarando lo que eran los padres de la persona biografiada. Empecemos así nosotros también.

Los padres de Siske Rujapakra eran bizcos. Se puede ser bizco de defecto, se puede ser bizco de profesión y se puede ser bizco de nacimiento. Los padres de Siske lo eran de las tres maneras. Expliquemos cómo se puede ser bizco de profesión.

Los padres de Siske vivían del producto de su bizquera. Se levantaban tempranito, como los pájaros y los barrenderos, y a las siete en punto de la mañana se situaban a la puerta de una iglesia y tendían la mano a los transeúntes, al tiempo que contraían el rostro en una expresión de dolor, gimiendo:

—Una limosna a estos desgraciados padres... Una limosna a estos padres que sufren el dolor de haber visto cómo se les extraviaban cuatro niñas...

El transeúnte se detenía, los miraba y, como realmente los padres de Siske tenían las niñas extraviadas, se apresuraba a depositar un óbolo caritativo en las trémulas manos. ¡Oh, la Caridad! (Reflexionemos un rato sobre la hermosura de la Caridad.)

Así vivieron quince años los padres de Siske. En el diciembre del año dieciséisavo, al levantarse del mullido lecho, una corriente de aire, dándoles directamente en los ojos, les puso las niñas bien. Y la ruina se precipitó sobre el hogar.

Catorce años antes (los franceses decimos "auparavant") había nacido Siske. Su nacimiento fué una gran sorpresa. Nadie la esperaba. Su madre fué la única que, el día anterior al nacimiento, se dió cuenta de lo que iba a ocurrir.

Siske nació; sus padres cantaron villancicos para celebrar la Nochebuena, que era aquel día, y la vida siguió destilando dichas y amaguras en el alambique del calendario...



Dib. LIRICON.—Madrid.

CUENTO JUDIO

—¿Por qué no usas calcetines, Levy?

—Porque cuando los usaba, los que tenía de muda se me apollaban todos los años.

¡Qué barbaridad! ¡Qué final de capítulo! Pero ¿cómo se me ha podido a mí ocurrir esto?

LA MUERTE DE LOS PADRES. EL AMOR.—MUSSOLINI.

Cuando Siske había llegado a los veinte años, sus desdichados padres fallecieron instantáneamente. En realidad, ambos estuvieron dos años luchando contra la tuberculosis; pero digo que fallecieron instantáneamente porque llegó un día, el 6 de marzo, en que aún estaban vivos, y un instante después habían muerto.

Siske, una vez huérfano, dudó entre partir a Nápoles o enamorarse de alguien. Optó por esto último, porque en aquella época estaban adoquinando las calles de Nápoles y no se podía dar un paso por la ciudad.

Siske se enamoró de Ramull. Era un cerillero del café y chocolatería

"El Soconusco Puro". Tenía veinticinco años y un perfil griego. Aclaremos: Ramull era chato. El perfil griego lo tenía en una monedita de oro del tiempo de Pericles.

El amor de los jóvenes fué arrollador como un carrito. Polonia entera comentaba esta pasión que, siendo de dos, era singular.

Y los jóvenes se miraban a los ojos y daban vivas a Mussolini, por el que sentían una admiración que tocaba con lo magnífico.

También Sarasate tocaba con lo magnífico, porque tocaba con un violín Stradivarius.

LA TRAGEDIA.—DE PELDAÑO EN PELDAÑO.

En estas condiciones, Siske partió a Italia y se metió monja.

Semejante noticia les dejará a ustedes tan estupefactos como a mí. ¿Por qué se metería monja Siske?

¿Qué muda tragedia se había desarrollado entre los amantes? Nadie ha podido saberlo. Ni nadie debe quejarse porque yo no lo sepa. ¿Acaso no hay cien cosas que no podemos explicarnos? Por ejemplo: ¿por qué se estropea todos los días el ascensor de mi casa? Yo no lo sé; la portera, tampoco; el casero, tampoco. Y, sin embargo, yo me he resignado ya a no saberlo. Resignense ustedes a no saber por qué se metió monja Siske.

En cuanto a Ramull, comenzó a bajar, peldaño a peldaño, la escalera de la degradación. Pidió limosna, vendió naranjas, escribió couplets, oyó la radio, fregó suelos y mascó platos en las verbenas, delante de un público abigarrado, entusiasta y sudoroso.

SOR ANUNCIATA DE LA MADONNA

Siske no volvió a llamarse Siske. Ahora, en el claustro, se llamaba sor Inés de Santángelo, y era especialista en fabricar pasteles de crema, en el convento de las Oblatas de Venecia. Otra monja, sor Anunciata de la Madonna, cosía escapularios. Diría algo de sor Anunciata de la Madonna, pero es lo cierto que no sé de ella sino que su padre se llamaba Cayetano.

Siske vive aún. El día que se muera, me apresuraré a dar la noticia.

FIN

ACLARACION

Les habrá extrañado a ustedes que el padre de Siske muriera y que, no obstante, haya sido él quien ha contado la historia de la joven polaca.

Realmente, es muy extraño. Yo no encuentro más que una explicación lógica: que en la familia de Siske hubo lío...

Pero esto no se puede evitar casi nunca.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



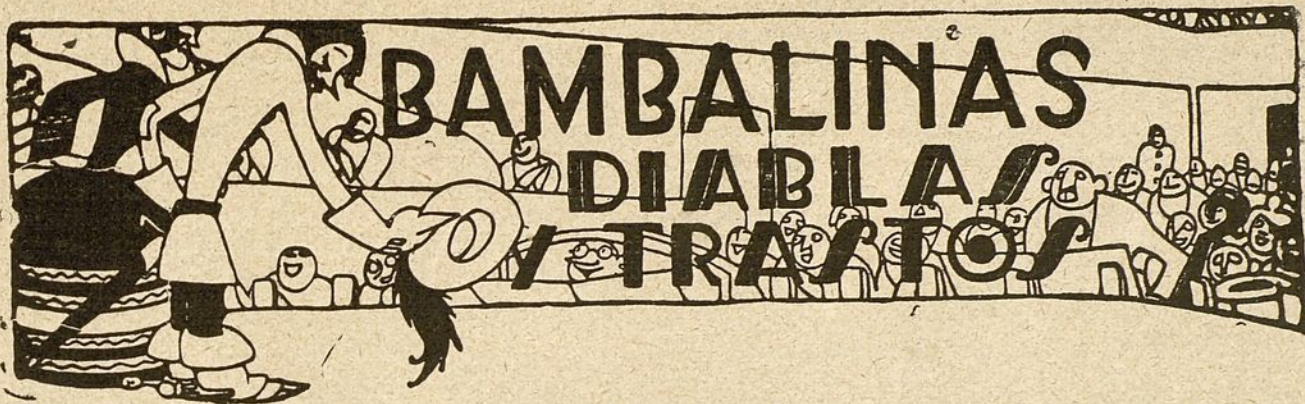
Dib. CAMPANARIO.—Madrid.

—Vamos a ver, ¿qué es cordillera?

—Cordillera... cordillera... Una mujer que vende cordilla.

La Administración de BUEN HUMOR advierte al señor Charrúa, de Montevideo, que, previo el envío de 50 pesetas, recibirá certificados los 85 números que pide en su carta.

Las personas aludidas por dicho señor en su carta le quedan muy agradecidas.



El arte de bajar la cabeza y doblar el espinazo

Hoy he de hablar de mí. Alguna vez ha de ser de mí, ¡qué demonio!

La semana pasada tuve en el teatro del Centro un éxito y un fracaso. El éxito, no diré que fuera un *éxito bomba*, como se dice ahora; pero, ¡vamos!, sí fué, cuando menos, un *éxito bombilla*. El éxito se produjo con motivo del estreno de una comedia, que no les diré cómo se llama para que les entre curiosidad y vayan a verla.

El fracaso se produjo al salir yo y saludar. Parece que, ¡ay!, no saludó con toda la elegancia, soltura, gentileza y cortesía que hace falta.

"Hay autores—me han dicho—que saludan mal; pero tú, ¡tú eres de catástrofe!"

¡Sí!... ¡Ya tenía yo clavada en el corazón esa espina! He procurado tener siempre reservado un traje en buen uso, por si me llamaban a escena; un traje que me hiciera bien la línea... El 75 por 100 de la ilusión que sonrío ante la posibilidad de tener un éxito teatral consiste en eso de poder salir y que digan—o piensen; ¡oh!, si lo piensan y no lo dicen, todavía mejor—: "Pero ¡qué buena figura tiene este hombre!"

Veía yo en el horizonte una bandada de sobres de cartas femeninas "volando hacia acá", y todos ellos anónimos, que son los buenos de veras. Porque eso de que el anónimo es algo odioso, ¡no! es odioso cuando en el anónimo viene algo que nos parte por el eje; pero en los casos en que firman "Una admiradora", "Una soñadora", "La mujer desconocida", "La de los ojos de color de miel y los hechos de lo mismo", entonces los anónimos nos parecen una charada deliciosa: una charada donde

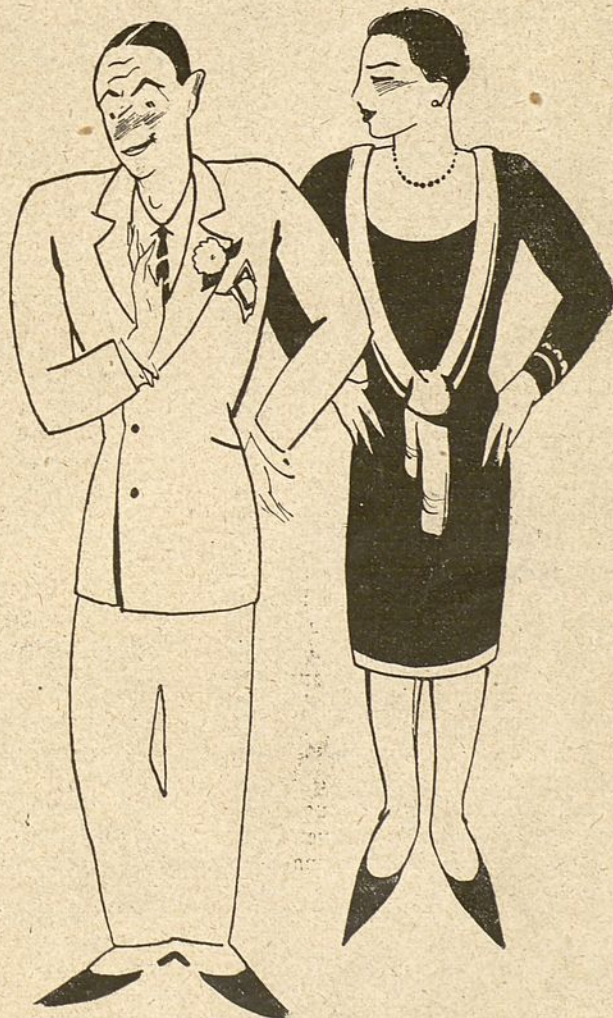
hay una *prima*, y quizás una *segunda*, y hasta probablemente una *tercera*, y donde, al fin y al cabo, después de varios tanteos, la incógnita se despeja y se llega al *todo*...

Y eso puede depender de la ame-

ricana y de la figura y la gentileza en los movimientos. Es el todo. La obra es lo de menos. La cuestión es que aparezca en las escenas alguien que pueda consolar a los espectadores de la falta de Rodolfo Valentino.

Dib. ULICA,—Barcelona.

PIROPO
—Sus mejillas
son de un color
maravilloso; so-
bre todo..., la
izquierda.



Lejos de aspirar nosotros a tanto; pero, a falta de pan... Mi ilusión se conformó con llegar al sustitutivo. Un modestísimo *ersatz*.

Pero ¡no hay tu tía! En vez de personas anónimas, se me dirigen personas de renombre para decirme: ¡Catastrófico!

¡Ay, mi querido amigo! ¡Ya lo sabía yo de sobra!... Me he pasado muchas horas ensayando, y ¡todo en vano!

La primera vez que salí a escena llevaba ya preparado mi gesto: según tiene uno cogida a la dama de la derecha, el galán de la izquierda, juntar uno las manos para unir las suyas y que se queden ellos en primer término, en un gesto que dice a las gentes: "Yo no soy nadie: son éstos, los intérpretes, los que se merecen esos aplausos". Pero, llegado el momento, hacía yo fuerzas para unirlos a ellos, y ellos ¡que si quieres!: sin comprender mi intención. Hasta llegó a decir la dama: "Pero, Jesús, Señor..., ¡qué tirones da este hombre!"

Al oír eso, yo no tiré más: aflojé los brazos para siempre, ¡me abandoné, como quien se abandona a las olas, con los brazos abiertos!

Lo grave de esta cuestión proviene de que no le dejan a uno ensayar como Dios manda. Si yo contara con un éxito cada dos o tres semanas, acabaría por dominar esta cuestión; pero, no siendo así, no hay manera. Porque el ensayo en casa, frente al armario de luna, no tiene eficacia. Las reverencias que hace usted a solas no sirven para nada, porque luego va usted a ejecutarlas allí, delante de la gente, y se encuentra con algo con que no contaba: que le sujetan a usted las manos y le tiran a usted de ambos brazos, cada uno para un lado, como si quisieran aplicarle a usted el juicio de Salomón y partirle por el eje.

Reflexionen ustedes y háganse cargo de la cosa: llamen ustedes, por gusto, a la cocinera y a la doncella de su casa y díganles que les cojan cada una de una mano y que tiren en sentido contrario, y cuando le tengan bien crucificado ensayen a doblar la cintura. No habrá forma. Pues lo mismo pasa en el teatro, con la única diferencia de que no siempre son doncellas las que le cogen de la mano, ni siempre son, tampoco, cocineras; pero el efecto gimnástico es el mismo.

El autor solo, ya es otra cosa: se lleva una mano al corazón, cruza los brazos sobre el pecho, etcétera etcétera. Pero jugando al alimón y al ambo ato, no hay manera.

Queda el recurso de saludar con la cabeza, cuidando mucho, desde luego, de que no parezca que está uno diciendo: "que sí, que sí", porque pueden figurarse las gentes que uno asiente a los aplausos y dice: "Desde luego, hacen bien en aplaudir... Está la obra bien, muy bien; sí, sí... Conformes; insistan..."

La inclinación de cabeza tiene que ser más señorial y más ceremoniosa. Ahora que también tiene su contra, y es que a las cuatro veces de repetir el gesto parece el autor un caballo de funeraria, de esos que agitan la cabeza, tan arrogantes y tan empenachados, pero tan cuadrúpedos, no obstante.

Para evitar este último inconveniente, se me ocurrió a mí ensayar el procedimiento de bajar la cabeza y quedar así unos instantes para que el cabezazo no fuera tan acentuado. Esperaba yo que con esto podría darse una sensación de acatamiento rendidísimo, de anonadamiento agradecido. ¡Ay, qué error! ¡Qué distancia de las suposiciones teóricas a la realidad implacable! En cuanto bajé la cabeza, avancé, cogido de la mano: me pareció que me llevaba el peluquero a la jofaina de la ducha.

Nada: que no hay más solución que la de estrenar con éxito cada dos o tres semanas. El arte de bajar la cabeza y de doblar el espinazo es un arte tan difícil como productivo.

MANUEL ABRIL

Chistes de todo el mundo

—Toma, esta carta de luto que ha llegado para tí.

—¡Oh! ¡mi pobre hermano ha muerto!

—¿Cómo lo sabes? ¡Si no has leído la carta todavía!

—No, pero conozco su letra.

De *Black and Blue Jay*.

—Mira, por ahí pasa Rodríguez. Ha estado durante diez años en manos del doctor Pérez, a causa de una enfermedad nerviosa.

—¡Diez años! ¿Y el doctor no le ha curado todavía?

—Sí, le ha curado varias veces. Pero siempre que Rodríguez recibe la cuenta del doctor, sufre un ataque de nervios tan tremendo y se recrudece la enfermedad en tal forma, que tiene que volver a ponerse en cura de nuevo.

De *Láchen Links*.

—Papá, necesito un sombrero nuevo.

—¿Para qué?, si siempre sales sin sombrero.

—Sí, pero necesito tener sombrero para salir sin él.

De *Courier Journal*.

—Mi hermano tiene una medalla de oro, premio de una carrera a pie de cinco millas, y otra de diez millas; una medalla de plata de un concurso de natación; dos copas, premios de

luchas greco-romanas y otras dos de boxeo.

—¡Debe ser un estupendo atleta!

—Ca, no señor, es el dueño de una casa de préstamos.

De *Good Hardware*.

El magistrado.—No niegue usted ya, que usted cometió el robo: ha oído usted la declaración de tres testigos que aseguran haberle visto con sus propios ojos.

El acusado.—¿Y qué son tres testigos de vista? Puedo traer millones de personas que no me han visto.

De *Nagels Lustige Welt*, Berlín.

El parroquiano.—¿Hay langostas?
El camarero.—Llamaré al jefe de cocina.

El parroquiano.—¡No lo necesito: no soy un caníbal!

De *Stevens Stone Mill*.

—He pensado en usted todo el día de ayer.

—¿Sí? Ay que gusto y ¿dónde estuvo usted?

—¡En la casa de fieras!

De *Wisconsin Octopus*.

—Un hombre pregunta por usted, señora.

—Dígale que tome una silla y se siente.

—Dice que viene por todas ellas.

De *Life*, New York.

Del buen humor ajeno

CUENTOS JUDIOS, por Raymond Geiger

Salomón e Isaac juegan a las cartas; de repente el primero exclama:

—Isaac, haces trampas.

—Te equivocas; no las hago.

—Mientes. ¡Tramposo! ¡Canalla! Eres bien digno de tu familia. Tu padre murió en presidio; tu madre fué una sinvergüenza; tu hermano un estafador y tú un tramposo. ¡Canalla!

—Vaya, vaya, Salomón—dice Isaac con mucha calma—. ¿A qué hemos venido aquí? ¿A charlar o a jugar a las cartas?

Moisés acaba de morir repentinamente en un café. Bloch y Samuel corren a casa del muerto. Cuando llegan, Sara, su mujer, está pelando patatas para la cena del matrimonio.

—Buenos días; sentaos—les dice.

—¿Sabes por lo que venimos a verte?

—No—contesta Sara, siempre pelando patatas.

—Pues Moisés...

—¿Qué le ha pasado a Moisés?

—Una cosa grave...

—¿El qué?

—¡Que acaba de morir repentinamente!

—¿Que ha muerto repentinamente! ¡Podíais habérmelo dicho antes y no hubiera pelado tantas patatas!

La señora de Máyer va a casa de un comerciante judío y quiere com-

prar un mueble; pero el dueño se niega a venderlo, ya que como sábado su religión le prohíbe tocar dinero.

—Venid el lunes y os lo llevaréis—dice a la señora.

—Está bien; hasta el lunes.

Apenas ha comenzado a bajar la escalera, oye una voz:

—¿No me podría dejar señal?

Lévi va a casa de Rotchsild y pide permiso para ser recibido. El secretario le pregunta el objeto de su visita.

—Es un asunto particular y para el que deseo ver al señor Rotchsild personalmente.

—Lo siento mucho; pero ahora está muy ocupado. Pídale una cita y exponga en una carta el motivo de su visita.

Lévi chilla tanto y arma tal escándalo, que al fin Rotchsild le recibe.

—¿Qué desea usted?

—Quería ahorraros un millón.

—¿De qué manera?

—Muy sencillo; ¿usted tiene una hija casadera?

—Sí.

—¿Usted le da dos millones de dote?

—Sí.

—Pues bien; démela usted a mí, por un millón solamente.

R. C. R.

OROCREMA
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!
Es el mejor tratado de belleza de la piel

Es una producción de

LOS PERFUMES DE TASARA

BADALONA




—¿No ves que soy incapaz de matar una mosca?

—¡Claro! No coges nada más que merluzas...

De Cault Yen Hanche.

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia "LA CARMELA" no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

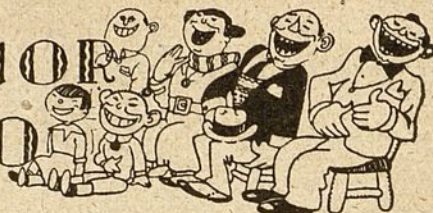
Venta todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 22, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASAS REALES 10 SANTIAGO





EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el 'Concurso de chistes'". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

En una tienda de sombrillas.
—¿Usted me asegura que el puño de esta sombrilla es de marfil auténtico?

—Verá usted. Yo respondo de que es de colmillo de elefante; pero con los adelantos modernos no puedo responder de que algunos elefantes no usen dentaduras postizas.

S. L.—Victoria.

Entre señora y criada.
—Me ha dicho el pollero que lo siente mucho pero que dijera a la señora que este año el pavo vale cinco pesetas más.
—¡Qué barbaridad!
—Y también me ha dicho que si la parecía caro, ya le diría él el por qué de la subida.
—¡Basta! ¡Bájasele inmedia-

Imitarle pretenden

¡ay! pero en balde.

que es el Licor del Polo inimitable.

tamente y dile que, me diga lo que me diga, a mí no se me sube el pavo.

Manuel Salgado.—Madrid.

En el cuartel.

El cabo (a un soldado sordo).
—¿Por qué no me hiciste caso cuando te llamé? ¿No sabes el respeto que en la milicia se tiene a un superior?

El soldado.—Es que yo soy tiniente...

M. Lobatón.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—El dueño de una tienda de comestibles echó de menos el peso de kilo y pregunta al dependiente:
—¿Dónde está el kilo?
—Se lo ha llevado un parroquiano. Al comprar un kilo de patatas, me exigió el peso... y se lo di.

J. M. Conde.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—Si te compras un encendedor, ¿qué es lo que debes hacer primero?

—Pues convocar a todas las autoridades para que asistan a la colocación de la primera piedra.

Fernando García Arroyo.
Zaragoza.

Un telegrama periodístico:
"Nueva York.—El cadáver del suicida que se arrojó desde el piso 123 de la casa número 48 de la calle 65, antes de asentarlo en el Registro ha sido asentado provisionalmente en un plato de postre."

Mendizábal.—Málaga.

Discutían dos amigos en un café, porque uno de ellos decía que casi todas las bebidas se extraían de la uva y el otro afirmaba que había algunas que se extraían de los animales en ciertas condiciones.

—Sí, hombre, convéncete—argumentaba el segundo—. Ya sé yo que, por ejemplo, el vino se saca de la uva. Pero el mejor anís es el del Mono y el wiski del Caballo Blanco...

Sotam.—Ceuta.

El colmo de un cojo:
Andar en lenguas.

Miss Eva Hill.—Madrid.

El maestro.—¿Qué es lo más bruto que existe en el mundo?
El discípulo.—El cerrojo.
El maestro.—¿Y por qué?
El discípulo.—Porque todos me dicen que es usted más bruto que un cerrojo...

G. Peinado.—Madrid.

En una ventanilla de Telégrafos.

—Buenos días.

—Felices; ¿qué desea?

—Tengo un hijo en Melilla. ¿sabe usted?, y quería mandarle estos zapatos por giro telegráfico.

José Luis.—Valladolid.

Entre escritorillos.

—¡Hola Bermúdez, ¿que es de tu vida?

—¡Chico, trabajo, he terminado una novela. ¿Y tú?

—Yo ahora di-vago.

Gerardo Ponce.—Madrid.

En una zapatería entra un pateto y pide un par de botas;



el zapatero al verle la medida de los pies, exclama:

—¡Caramba qué pie! En mi vida he visto otro igual!

—¿No? Pues mire usted otro.

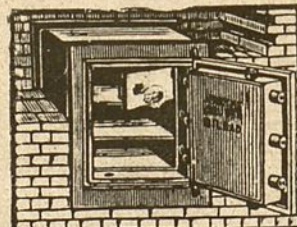
Morales.—Valencia.

—¿Por qué llevamos siempre la derecha?

—¡...!

—Para llegar antes.

Pelopez.—Palencia.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos. Pedid catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

Entre cesantes.

—¿Estás colocado ya?

—No, pero tengo echada una solicitud a una Compañía de Seguros.

—¿Y crees que te darán plaza?

—¡Hombre, sí! Ya te he dicho que será un empleo de seguro.

Justo Velázquez.—Madrid.

—¿En qué se parece el número 111 a la gripe?

—En que empieza con uno, sigue con uno y acaba con uno. Sarompas.—Melilla.

Comentarios ante un combate de Boxeo.

—Hay que ver como pega ese tío...

—¿Quién es?...

—Tomás Cola...

—¿I...!

José María Terrádez R.
Valencia.

Parecido.

¿En qué se parece un tore-

Nos molesta y nos cohibe el que nos mande hacer versos, mas los hacemos con gusto si son de Jarabe ORIVE.

ro cuando queda bien en la plaza a un muerto?

En que a los dos los sacan en hombros.

Emilio Arias.

—¿Qué camino tomó usted para venir a Cádiz?—preguntaron a un jorobado.

—Vine desde mi pueblo, todo derecho.

—Entonces ha cambiado usted mucho en el camino.

Merceditas L. de Medrano.
Madrid.

—¿En qué se parecen cincuenta y cinco monaguillos a una mona loca?

—¿...?

—Pues, en que es una mona... guillada.

Luis Cacho.—Madrid.

—¿Cuál es el jugador de fútbol más duro y más blando?

—El ex medio izquierda del Arenas de Bilbao, que era Peña y ahora es un "merengue". Manuel Rico Horas.—Madrid.

—¡Vamos a ver, Juanito!—dijo el maestro—en qué tiempo está el verbo en la siguiente frase: Yo habré cogido una manzana.

Viendo que no contesta, el maestro se hace el distraído, para que se lo digan los demás compañeros; pero tal fué lo que oyó Juanito, que sin inmutarse, dijo:

—En el frutero perfecto.

Silfenodo.—Jaén.

—¿Cuál es el colmo de un panadero?

—Ser de Viena, pasar por París, enamorarse de una francesa y que se lleve un... Colón.

Faustino Hernández.
Madrid.

En el Juzgado.

El juez.—Todos los cargos son contra usted, pues según dicen todos los testigos, no hubiera cometido el atropello si hubiera parado en seco.

El chauffeur.—Señor juez, me fué imposible hacer eso.

El juez.—¿Por qué? ¿Es que no obedecieron los frenos?

El chauffeur.—No señor, es que estaba lloviendo.

Pedro Soria.—Madrid.

Un marchante puso a su compañero de negocios el siguiente telegrama:

"Las Palmas 12 a las 23. Embarco 25 cochinos conmigo".

D. D. D.—Las palmas.

Entre viandantes:

—A mí me parecen muy bien los acuerdos respecto a la circulación, pero como yo vaya por donde disponen y me atropelle un auto, pondré el grito en el cielo y si me mata, entonces me va a oír el Alcalde.

Togo Masmeiz.—Madrid.

En la calle entre un artillero y una "menegilda":

El.—Eso son carnes y no lo que echa el ranchero a la olla, ¡vaya un talle muchacha!

Ella.—Y vaya una talla, hermano!

El.—¿Se puede saber su gracia

Ella.—Lo que le cuento, por-El.—¿Cómo que no lo sabe?

El.—Lo que le cuento, porque de pequeña me llamaban Estefanía, después me quitaron el Este y me dejaron desorientada.

El.—Mira, en eso de nombres a cada cual le quitan lo suyo: a mí me llamaban antes Luciano, y ahora sólo me llaman Luci, ya ves si es más grave lo que me han quitado a mí.

Peña Soto.



—¡Mi tío, el de Buenos Aires, se ha vuelto loco!

—¿De veras?

—¡Pobrecito! A estas horas ya estará en un manicomio o muerto, ¡sabe Dios!

—¿Cuánto lo siento! ¿Y por quién te has enterado?

—Por él mismo. Acabo de recibir carta y me dice que está tomando los baños en Mar del Plata. ¡Mira que bañarse en invierno y con el frío que hace!

F. P. Landete.—Ferrol.

CUPON
correspondiente al núm. 275 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Un capitán tenía a su servicio un asistente andaluz muy despegado. Cierta día encargó al mismo que comprase caracoles, pues tenía verdadero delirio por ellos, con el fin de que a la comida se los pusiera con exquisita salsa. El capitán no fué a comer y al regresar por la noche a su domicilio pidió al asistente que le sirviera de cena los caracoles de mediodía. Al empezar su plato favorito observó con gran asombro que de los caracoles no quedaban nada más que las conchas; en vista de ello llamó al asistente y preguntóle a qué era debido el presentarle la cena en la forma que lo hizo, y él, para justificarse, sin pestañear contestó: "Es que como ha venido osté tan tarde san canzaos despegó y san ío."

R. M. A.

—¿Conoce usted algún detalle del combate del Callao?

—Sí, señor; que no se oían los cañonazos.

Chinito.—Valladolid.

TAPAS

para encuadernar por semestres las colecciones de



Se venden en la Administración de dicho semanario al precio de tres ptas. cada una.

Se remiten a los coleccionistas, previo envío por giro o sellos de la cantidad citada

CLICHES Se venden a precios módicos los publicados en este semanario.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Un gato de Madrid.—¡¡ Míau!!

El rubio. Valencia.—¡ Para ver tu firma en las columnas de BUEN HUMOR, te vas a ver negro, amigo rubio!

C. B. D. Madrid.—¿ Nos jura usted por su salud, o por la salud de quien le parezca mejor, que no es usted imbécil?... Díganos la verdad, y le juramos nosotros que le creemos en seguida, aunque nos diga lo contrario de lo que nos ha parecido al leer su estruendosa crónica festiva.

Dario Doria. Alicante.—Su *Tras-*

atlántico veloz se ha ido a pique, después de correr en esta Redacción un temporal de lo que no tiene usted idea.

Apolo. Madrid.—Dado lo categóricamente puerco que es lo que nos envía, más que *Apolo*, parece usted *Martín*. De manera que adécéntese un poco, o no vuelva usted a poner los pies en esta honrada casa.

Tolili. Cádiz.—Su cuento corto (tan corto que no es nada) no nos sirve para nada.

R. M. N. Valladolid.—No ha tenido usted la suerte de con-

movernos con esas muestras de su peregrino ingenio. Son muestras sin valor, que dicen en Correos.

H. M. Palma.

Su *Burla de la Aritmética*, es algo *malapatética*.

C. S. T. Madrid.—Su artículo, que usted titula (haciendo alarde de una ortografía futurista) *La poca bergüenza*, es una cosa *bergonzosa* y, al mismo tiempo, ¡ mire usted qué absurda paradoja!, *desbergonzada*... Por lo tanto, la sometemos al criterio siempre acertado de nuestro paciencioso cesto.

L. M. Z. Bilbao.—No nos ha gustado nada *La paella*. Mándenos otro plato, a ver...

Jorge. Burgos.—Cuando ese inventor le diga a usted cómo se fabrican los pimientos artificiales, y usted tenga la amabilidad de decirnoslo a nosotros, podrá tener interés su trabajo. Ahora no vale ni un pimiento.

G. S. M. Madrid

Su *Elogio de don Modesto* se nos ha marchado al cesto.

¿Qué le ha parecido esto? Seguramente funesto...

¿Verdad que sí, admirable don Gerardo?

P. L. D. Barcelona.—A su artículo le sucede lo contrario que a la Virgen María, a la cual, como usted sabe, se la saluda con la frase aquélla de *llena eres de gracia*...

Cerúleo Sevilla.—Nos pide usted que le hablemos con franqueza ruda, y allá va: es usted un pobre bestia, que no tiene arreglo en este mundo.

R. T. G. Madrid.—Los dibujos no están mal, pero los chistes son como para ir a presidio y no salir ya nunca, aunque haga buen tiempo.

Garro. Valencia.

Admirado amigo Garro: voy a añadirte una "

y voy a llamarte guarro, puesto que guarro eres tú.

Y así, diciendo la verdad, no te insulto, aunque te lo mereces de modo exquisito y definitivo.

E. R. O. Madrid.—No sirve.

V. E. U. San Sebastián.—Es de una fetidez que ennegrece el cutis.

Tardío. Madrid.—El asunto no nos disgusta, pero está malísimamente desarrollado. Y en los trabajos humorísticos, como en la belleza de las muchachas solteras, el desarrollo es lo principal... De manera es que usted verá lo que hace.

J. R. S. Zaragoza.—Esa prosa es más sosa que el bicarbonato de la misma cosa.

N. E. Santa Cruz de Tenerife.—Lo sentimos una barbaridad, y usted lo sentirá seguramente tres barbaridades, pero no podemos publicar la barbaridad enorme que nos ha enviado.

Onajluq Onall A. Santander.—

La fatalidad, los Hados, el dedo del Destino, la fuerza del Horóscopo, la rueda de la Fortuna y nuestras majestuosas narices se han puesto de acuerdo para cometer el atropello de hacer ingresar a su trabajo en el horrendo montón de los rechazados para siempre.

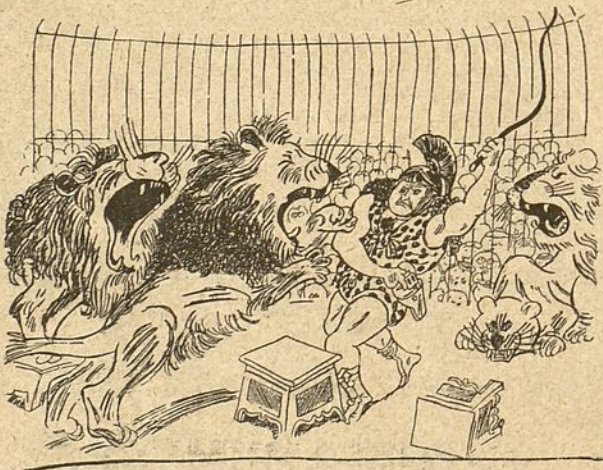
T. M. O. Madrid.—Hemos aceptado en un momento de insensata benevolencia, dos dibujos de los ¡¡catorce!! que ha disparado usted sobre esta indefensa Redacción.

Fleta. Madrid

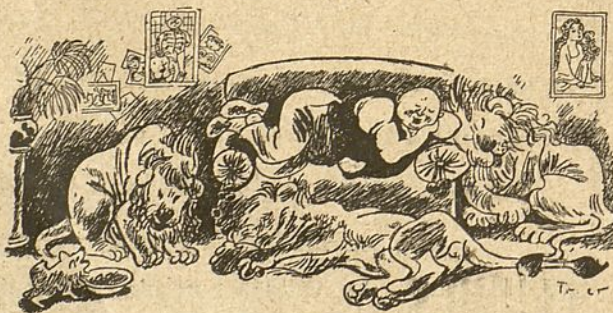
Con una pena horrorosa, mi querido amigo Fleta, le decimos que su prosa no vale ni una peseta.

Guinard Biarritz.—Pas d'articles de foot ball, monsieur!... Nous l'avons déjà dit un milliard de fois, *redieu*!...

EL DOMADOR



En el circo



En su casa.

De *Meggendorfer Blätter*.—Munich.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

BUEN HUMOR



LA VUELTA DEL BAILE

—¡Qué vergüenza! ¿Qué dirá nuestro chófer al verte volver a casa en este estado?
—¡Pero, hija mía, si el chófer está todavía mas borracho que yo!

Dib. KARIKATO